

RETRATOS

A pesar de no haber asistido a la escuela regular y no tener diplomas universitarios, Olga Lehman (O.L.) es considerada como una de las personas que más conocimiento tiene en su región acerca de temas como agronomía, veterinaria y geografía. Estos conocimientos fueron transmitidos por su padre y una enorme vocación por la lectura y la investigación.

Olga nunca llegó a casarse tampoco a tener hijos pero ella es el centro de su gran familia. Adicionalmente, su compromiso social y su enorme solidaridad con los necesitados la llevó a entregar su hacienda Mataricos en calidad de donación para que en ésta se construyera una universidad donde se formarían para la vida a los guerrilleros del M-19, quienes entregaron sus armas y se comprometieron en la búsqueda de la paz a través de la confrontación política teniendo como herramienta las ideas. Años más tarde, son las FARC quienes la secuestran con un único propósito: el económico.

Este es sólo uno de los muchos casos del drama del secuestro, que aunque no ocupan los titulares de la prensa, o son motivo de preocupación de políticos y ONG, aquejan diariamente a nuestro país. Cuya memoria se pierde entre el correr de la coyuntura. Divergencia (R.D.), quiso recoger este testimonio, que con una mirada de esperanza, cargada de perdón y reconciliación, muestra que incluso cuando la vida ha perdido todo valor, es posible encontrar en personas como Olga, la forma de creer en nuestros sueños de paz

R.D.: para empezar, nos gustaría que nos narrara un poco como transcurre la historia previa a su secuestro:

O.L.: El tema de la guerrilla me preocupó durante mucho tiempo y traté de hacer algo, pero tal vez sobreestimé mi capacidad. La terrible problemática de los guerrilleros que salen a la vida civil es muy compleja porque a ellos allá se les olvida vivir, pierden completamente la noción de la vida y no estiman ni la propia ni la ajena. Yo pude estudiar este tema bastante de cerca con el M19, pues tuve carta blanca para ir a los campamentos y observar esta problemática de primera mano. Yo tenía dos propiedades muy grandes con un plan muy lindo de reforestación; en una de ellas teníamos un estudio sobre las

variedades de árboles nativos y no nativos convenientes para que los campesinos pudieran sembrar en cada parcela y de esta forma no tuvieran que ir a cortar la madera del bosque para sus necesidades. Sin embargo, había que saber cual árbol se necesita para cada piso térmico y para cada tipo de tierra. Llevaba 32 años de investigación con resultados muy lindos e interesantes; en eso llegaron las invasiones (campesinos, vecinos, algunos lejanos otros cercanos, propietarios de tierras) y me sacaron de las fincas. Los invasores dijeron que no iban a permitir, que yo viera ni un peso de mi propia tierra, así fuera una miseria lo que me pagaran.

R.D.: ¿Después de esto, usted fue secuestrada, como ocurrió esta historia?

O.L.: Cuando fui secuestrada tenía 70 años. Estábamos en mi finca, en el municipio de Cajibío al rededor de la 1 de la tarde, yo estaba sola, buscando un lugar para hacer un bebedero para el ganado. Entonces, llegaron dos hombres que me secuestraron, uno de ellos llevaba una pistola y el otro una metralleta. A esa hora arrancamos y a las doce de la noche estábamos en el municipio del Tambo a 100 kilómetros de distancia. El camino lo empezamos en mi propio carro, luego un tramo a pie, después en una mula y más tarde en un bus de esos que llaman chivas. Al otro día salimos muy temprano y fuimos a parar a una casa que probablemente era de madereros de Cartón de Colombia, ya que tenían todos los implementos para el aprovechamiento de madera (como yo había hecho ese oficio durante tantos años, sabía de qué se trataba). Era una casa bien instalada con todos los servicios, con una pieza muy pequeña y una cama muy chiquita, en la que me acostaron. Los guerrilleros tendieron una lona en el suelo y se acostaron cubriendo la puerta de tal forma que si quería salir debía pasar por encima de ellos. Yo estaba cansadísima y puse la cabeza en la cama sin tener una almohada y a pesar de que tuve que dormir más adelante en el suelo y en otras partes, nada fue tan duro como esta. Sin embargo, ahí caí profundamente dormida.

A las 4 de la mañana me despertaron, me dieron un tinto y nos montamos en un camión. El conductor me reconoció, pero cuando yo fui a hablarle, se subió un guerrillero al lado; seguimos y no pude decirle nada. Él notó que yo no llevaba ningún abrigo y me dejó una ruana. Continuamos hasta una parte bastante alta y allá desayunamos, un muy buen desayuno: chocolate, arepas, arroz y yuca, pero

yo no podía comerme todo eso. Uno de los guerrilleros me dijo: “coma porque de aquí para allá no vamos a tener comida”, además no se podía llevar nada. Para ese entonces yo acababa de salir de un problema en la pierna derecha, de hecho estaba convaleciente, y pesaba 30 kilos más de lo que peso ahora.

Continuamos caminando hasta que encontramos en un cerco a una mula; cuando la vi, les dije: - yo no me monto a ese animal por que no tiene sino un ojo-. Cuando llegó, le vi un freno de acero plata y le dije al jefe guerrillero: - el freno que tiene esa mula es mío, hace 12 años me lo robaron en una hacienda, debe estar marcado- y cuando se lo quitaron ahí estaba la marca. Cuando me monté al animal se arrancó el estribo, ellos intentaron arreglarlo pero no pudieron, entonces les pedí que me dejaran hacerlo; como fui ganadera toda la vida, para mí no fue un problema. Después que lo arreglé, el comandante dijo: -cinco tipos aquí, dizque hombres y no pudimos arreglar el estribo y llega la señora y lo arregla-.

Esta historia ayudó a distensionar el ambiente y que todos pudiéramos andar más relajados y tranquilos. Sin embargo, al bajar un barranco noté que la mula además de tuerta era ciega, entonces me bajé y le dije al comandante: -yo voy donde quieran, pero caminando y despacio, porque si esa mula se cae y me quiebra una pierna, ustedes se encartan conmigo y finalmente la que va a sentir el dolor soy yo- a lo que él respondió:-recuerde que vamos lejos-.

Continuamos caminando a través de senderos resbalosos y pequeños y caminos terribles, incluso había momentos que debíamos subir trochas tan pendientes que un guerrillero se subía y me tenía que alzar de

las manos. Ellos programaban de donde a donde caminábamos, de tal forma que terminábamos más o menos en jornadas de 14 horas diarias, nunca de noche.

El primer día, como a las 6:30 de la noche le dije al hombre, que estaba al límite de mi fuerza y que ya no podía más, él me respondió que caminaríamos un poquito más, en búsqueda de un llano para hacer un campamento. Después de esto, no recuerdo más, perdí completamente el sentido. ¿Cuánto tiempo estuve así?, no lo sé. No habíamos almorzado, pero el hambre no era tan terrible como el tormento de la sed luego de haber caminado toda esa distancia, no habíamos bebido una gota de agua en todo el día. Además, lo único que había comido era un poquito de leche condensada que llevaba el comandante. Al fin llegamos a la casa abandonada de unos coqueros, ahí había una pequeña piccita, con una cama y unas lonas, allí caí como una piedra.

Al día siguiente, el comandante mandó a un guerrillero a traerme agua; ellos habían notado la sed que tenía. Percibí que ellos también la necesitaban, entonces les dije: -bueno si ustedes no toman agua, yo tampoco-. El comandante me respondió: -esa la mandamos a traer para usted-. Sin embargo, yo no podía tomar agua mientras los demás me miraban, y más aún sabiendo que tenían la misma sed que yo. La exigencia mía de no tomar agua sola, rompió el hielo, cambió el tono de la voz. Ya como a las 10 de la mañana paramos, nos comimos una cajita de salchichas, tomamos un poquito de agua y seguimos caminando hasta las seis de la tarde.

Al otro día me levanté, salí y caminé como media cuadra y me dio vértigo por un ba-

jón de azúcar; sentía que me moría. Además de lo anterior, ese día tuve un pre-infarto. Recuerdo que cuando me senté, me desplomé y los llamé gritando, en segundos ellos hicieron una camilla, me llevaron a la casa y me acostaron, quedé profunda. Ahí permanecimos tres semanas. Solo hasta ese momento me llevaron una sudadera para cambiarme. Después de eso cambiaron a todos los guerrilleros menos uno que luego se convertiría en mi alumno.

Estábamos en una zona que yo conocía por que mi papá fue ingeniero de la carretera Popayán- Guapi y yo andaba con él para todas partes, por lo que sabía dónde estaba. Era un sitio montañoso que no tenía agua, sin embargo cuando pasamos ese lugar ya todo era agua. En algún momento tuvimos que pasar por un río grande y torrentoso, como a veinte metros de altura a través de dos guadas. El comandante preguntó: -¿a usted le da miedo? a lo que le respondí: -miedo no, ¡pánico! Recuerdo que solo miraba mis pies, íbamos muy despacio y con mucho cuidado, medio se movía y nosotros quietos. Le dije al que me llevaba: -¡vea, usted tiene un pelo buenísimo para agarrarme si me voy a caer, pero yo sola no me caigo, me caigo con usted, entonces usted verá si no me coge bien!

En un momento, entendí que esta experiencia me había tocado, y me puse en las manos de Dios:

-Señor me voy en tus manos y en ellas no me puede pasar nada malo así me toque morirme-. Ese día me dijo: -voy a seguir adelante, no puedo hacer otra cosa- y resolví hacer lo mejor posible cada momento de esa vivencia, era la que me tocaba; yo no quería estar ahí pero me tocaba. Siempre traté de hacer del momento que me tocaba vivir, el mejor posible. No añoraba el

que no tenía, sino qué había de bueno en el momento que estaba viviendo.

R.D: **¿Cree usted que el trato que recibió fue resultado de su actitud frente al secuestro?**

O.L.: El modo en que lo tratan depende de uno, totalmente. El 95% del trato que le dan es el que uno se busque. Por ejemplo, los secuestrados de hoy cometen un error, que es auto compadecerse, uno no debe hacer eso. Mi madre nos enseñó, cuando éramos pequeños, que ninguna escuela buena es barata y esa es una escuela tremenda para la vida, pero es muy cara. Es duro, es muy costosa, en términos humanos. El secuestro lo ataca a uno en lo más sagrado que tiene: en la libertad, en la autoestima, pero esta no se apaga, crece, si uno mismo se prueba que es capaz de muchas cosas difíciles.

Sin embargo, el secuestro es la vivencia más difícil que le puede pasar a cualquier persona y hay que tener mucho discernimiento para hacer lo que se debe hacer. En lugar de permitir que el secuestro lo quebrante a uno y le dañe la vida, uno lo puede convertir en una escuela de vida, en una escuela de superación del espíritu. Físicamente golpea muy duro y más a mí por mi edad y por que era una persona muy gorda, entonces las caminatas eran duras y muy agotadoras. Después de las cinco de la tarde era un verdadero heroísmo caminar por que uno ya no da más, y había que llegar, pero mientras el espíritu de uno no se doblegue, el secuestro no le daña a uno la vida. Y cuando uno sale, no sale con problemas.

R.D **¿Qué le exigieron a cambio de su liberación y cómo fue ese proceso?**

O.L.: Ellos tenían un inventario de todos mis bienes, hasta el último plato lo tenían en él. Me quedé aterrada y les decía que ellos tenían un inventario mejor que el que tenía yo, ellos me dijeron: - le dejamos la casa donde vive y el carro, lo demás es de nosotros-. Efectivamente se lo llevaron todo, las dos haciendas que eran muy grandes y estaban reforestadas. Del ganado, ellos sabían cuantos eran, de qué raza, de qué precio, cuánto pesaban y cuánto valían. Sabían que tenía un camión transportador de madera.

Cuando salí tuve que vender lo que pude para poder pagar lo que mi gente pidió prestado para poderme sacar. Me quitaron totalmente mi vida de trabajo, lo que yo había hecho en 62 años, me lo quitaron todo. Sin embargo eso nunca ha sido para mí motivo de tristezas, pues me quitaron todo, pero yo estoy aquí y sigo viva, con esos años de trabajo pagué mi vida, el derecho a seguir viviendo, a seguir viviendo libre. No considero mal empleado los 60 años que trabajé.

Lo que si me dolió perder fue la investigación de los árboles. El dinero no me dolió, me ha hecho falta, indiscutiblemente, pero no me duele. Del secuestro, me duele y mucho, el dolor que sufrió mi familia, el trauma que produjo, la desorganización; definitivamente el secuestro muele las familias, literalmente. Hay problemas entre los miembros de las familias por cosas sin importancia. Cuando yo salí me tocó llegar a frenar y poner las cosas en su orden, pero de todas formas el secuestro había causado muchísimo daño. Personalmente el secuestro no me quitó nada. Tuve una experiencia, maduré como persona, tuve bonitas oportunidades allá, de hecho al hombre que me encañonó para salir de mi casa, le

enseñe a leer y a escribir, esa fue una de las experiencias mas bonitas que tuve, el era analfabeta, pero en 60 días escribía el dictado.

R.D ¿Cuál es la impresión que le queda de sus captores?

O.L.: Los encontré necesitados, muy jóvenes todos, se les siente la soledad. Al mismo tiempo, que pueden matar a una persona y no les importa morir. Son como niños desprotegidos, le tienen un terror espantoso a la fuerza aérea. En grupo son agresivos, de hecho, son tan crueles porque atacan con la crueldad del miedo, por eso atacan con tanta brutalidad. Cuando ya son veteranos y tienen más experiencia tienen más serenidad, pero pierden totalmente el sentido de la vida; no distinguen entre el bien y el mal, están completamente desfasados. Los que los forman, lo hacen para que realicen muchos sacrificios, pero de instrucción, nada.

Además son personas que tienen unos conflictos psicológicos que uno jamás pensaría de un guerrillero, el día que ya salía uno de ellos me dijo que me iba a contar una cosa muy propia de él, que siempre había creído que era el tipo más monstruo que había, por que el día que su mama había muerto el no había llorado. Ella era el único ser que él sabía que lo amaba y

que él amaba. El creía que era por falta de amor, luego yo le explique que no, le dije que había sido todo lo contrario, que no pudo llorar porque era tanto lo que la quería que su cuerpo no supo reaccionar. Entonces, cuando el me entendió, vi en sus ojos el descanso y ahí me sentí recompensada por toda la experiencia del secuestro, pues había logrado darle algo de paz a alguno de estos hombres.



Los guerrilleros de base son gente ignorante, que la mantienen así para que sostenga la guerrilla. No los instruyen porque si lo hacen se van, entonces los forman como soldados, además son psicológicamente muy necesitados de todo lo que nosotros tenemos con la familia. A mí me tocó pasar el 24 de diciembre con ellos; todos hablaban añorando a su mamá y decían: -mi mamá hacía natilla-, tratando de ocultar que tenían un vacío enorme de afecto. El debate político y académico que sigue latente sobre las verdaderas consecuencias de una apertura financiera dentro del crecimiento económico de los países emergentes deja grandes preocupaciones en estas naciones, a la postre de que organizaciones multilaterales, como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, siguen su presión en torno a la liberalización de la cuenta de capitales, en especial de los países de Latinoamérica y Asia.

Fotografía: <http://publicacionesfranciscoalarcon.blogspot.com/2007/10/desbordado-el-secuestro-en-todo-el.html>